

pedirse de la gloria: el cielo no será para él; debajo sus pies el infierno abre su espantosa boca para devorarle. No debes tú contentarte con este primer grado, sino pasar al segundo, que, aunque perfecto, es obligatorio y, en cierto modo, necesario. Preferir todas las persecuciones, desprecios, humillaciones, antes que consentir en un pecado venial; estar indiferente en orden á las cosas del mundo, abrazando con igual sentimiento y afecto las dulces que las amargas, las agradables que las repugnantes: en esto consiste el segundo grado de humildad. ¿Te encuentras en él? ¡Ah! ¡Si logras subir al tercero! ¡Si en igualdad de circunstancias prefirieses las deshonras, desprecios, humillaciones, á las honras, alabanzas y aplausos, y esto sólo por conformarte con Jesús, entonces podrías decir que has llegado al tercer cielo. ¡Qué paz! ¡Qué seguridad! ¡Qué estado tan á cubierto de todos los enemigos! Y, ¿no deseas llegar á él? ¿No sientes la necesidad que de él tienes? ¿Piensas acaso que es imposible? Dios no propone cosas imposibles, pero sí perfectas. Aliéntate, pues; Jesús va delante; millares de santos de todos estados, edades y condiciones te han precedido por este camino. Forma, en vista de esto, propósitos muy eficaces de abrazar el tercer grado de humildad; desea con viveza el no ser conocido y ser reputado por nada. Y si sientes tu flaqueza, pide con humildad la gracia que necesitas, y ruega por todo el mundo.

113.— PARÁBOLA DE LOS QUE EDIFICAN SOBRE ARENA Y LOS QUE sobre piedra.

PRELUDIO 1.º El que cree y obra la doctrina de Cristo es como el cuerdo que edifica sobre piedra, cuyo edificio no es batido por las lluvias, vientos ni ríos; el que la cree y no la obra, es como el que edifica sobre arena, siendo derribada su casa.

PRELUDIO 2.º Representate á Jesús proponiendo esta parábola.

PRELUDIO 3.º Pide con fervor una fe muy viva, esto es, acompañada de las obras.

Punto 1.º *Necedad de los que creen y no obran según su fe, y cordura de los contrarios.*—Considera cómo Jesucristo en esta parábola¹ presupone que entre los que oyen su doctrina y la creen, unos hay sabios que la ponen por obra, y otros hay necios que se contentan con creerla sin obrarla. Con razón los llama con este nombre, porque, así como no hay mayor sabiduría y discreción que creyendo obrar según la fe que se tiene, así no hay mayor y más perjudicial necedad y locura que creer lo que dice Cristo y hacer lo contrario. Y ¡cuántos son, por desgracia, estos necios! Creen que hay infierno, y viven como si no le hubiera; creen que Dios está en todo lugar, y le ofenden como si no estuviera. Pondera luego la variedad de tentaciones con que es

¹ Matth., vii, 24; Luc., vi, 48.

probada la vida de todos los hombres, figuradas por las lluvias, vientos y ríos, de que hace mención el Salvador; porque unas vienen de Dios, significadas por la lluvia que cae del cielo; otras del demonio, príncipe de este aire tenebroso, representadas por los aires; otras de nuestra carne ú hombres carnales con quienes conversamos, indicadas por los ríos. Además, unas son de sensualidad y avaricia, figuradas por los ríos; otras de vanidad y curiosidad, figuradas por los vientos; y otras de soberbia y ambición de dignidades y grandezas, figuradas por las lluvias. Por fin, como los ríos baten la casa por los cimientos, los vientos por los lados, y las lluvias por el tejado, así unas tentaciones se sufren en los principios, otras en medio de las obras, y otras al fin; unas combaten á los principiantes, otras á los proficientes, y otras á los perfectos. De lo cual has de sacar que la diferencia entre cuerdos y necios no está en que unos padecen tentaciones y otros no, sino en que los primeros triunfan de ellas, y se fortifican más en la virtud, enriqueciéndose de grandes méritos, y los segundos sucumben miserablemente en ellas. Por lo cual no pienses que, si dejas de hacer lo que Dios te inspira, te veas libre de tentaciones; al contrario, tal vez entonces serán más recias y vehementes, y te verás privado de los auxilios especiales que el Señor te hubiera concedido si hubieses seguido su inspiración. ¡Oh buen Jesús! Pues es vuestra voluntad que sufra tentaciones, yo me ofrezco gustoso á padecerlas por vuestro amor; sólo os pido que no sea yo del número de los necios, aunque éste sea infinito¹, sino que, como verdadero sabio, obre conforme á la fe que me enseñáis, y salga con victoria de ellas. Y tú, cristiano, ¿eres sabio ó necio? ¿Obras conforme á tu fe, ó de un modo opuesto á ella? ¿Qué tentaciones permite el Señor que padezcas? ¿Cómo te portas en ellas?

Punto 2.º *Cómo se cae la casa de los necios.*—Considera cómo la casa ó la conciencia de los necios se cae por estar fundada sobre arena. En esto está su necedad más calificada; edificar sobre tan flaco cimiento una casa que saben que ha de ser tan combatida. Y la edifican sobre arena, porque fundan su vida en sola fe, contentándose con creer lo que Dios dice, sin propósito de cumplirlo, ó en un propósito muy flaco y mudable; ó porque la fundan en la fe mezclada con la tierra movediza de sus aficiones ó de las cosas terrenas, como son hacienda, honra ó regalo; y como la arena no es buena para cimiento, por tener sus partes desunidas, así no lo es el corazón dividido en varias aficiones que no están unidas en Dios; finalmente, edifican sobre arena los que se fundan en su propia naturaleza, estribando en sus propias fuerzas y en la mutabilidad de su propia voluntad y de su propio juicio y parecer. De aquí procede que, como tales casas no

¹ Eccles., i, 15.

tienen bastante fuerza para sostener el peso, los que las han edificado son fácilmente vencidos de las tentaciones. Y como la estatua que vió Daniel ¹, aunque tenía la cabeza de oro, el pecho de plata, el vientre de bronce y las piernas de hierro; pero como los pies eran parte de hierro y parte de barro, una sola chinita que dió en el barro la derribó toda; así, aunque tu vida sea muy levantada y esclarecida con dones de sabiduría humana, con grandes dignidades, y aun con gracias de profecía y de hacer milagros, si se funda en sola fe, mezclada con arena de las cosas dichas, cualquier tentación la derribará. Y cuán grande sea la pérdida, puedes discurrirlo, reflexionando que se pierde la gracia y amistad de Dios, los dones del Espíritu Santo y virtudes que acompañan á la caridad; y á veces el religioso mal fundado pierde la vocación, y el cristiano viene á perder la fe, y su caída causa gran estruendo, por el escándalo que ocasiona. ¡Oh alma mía! Mira bien cómo fundas la casa de tu conciencia para que no se caiga; no la fundes en amor de cosa movediza, porque te moverás con ella; no estribes en tu prudencia ², ni en tu propio juicio y consejo, porque te despeñarás tras él; no te fundes en sola fe, aunque hagas milagros, porque el día de la cuenta te dirá Cristo que no te conoce; ni se divida tu corazón como arena, porque morirás muerte eterna. ¿Fundas en alguna de estas cosas tu vida espiritual?

Punto 3.º *La casa del sabio resiste á todos los embates por estar bien fundada.* — Considera cómo la casa ó conciencia de los cuerdos no se cae, por estar fundada en piedra ó peña viva; esto es, en fe viva, junto con la caridad, en la cual tiene unidas todas sus aficiones y arraigadas todas sus pretensiones. Además, se fundan en la mortificación y abnegación de sí mismos, de su carne, de su amor propio y propia voluntad y propio juicio, como quien cava para sacar del corazón todo lo terreno y movedizo, hasta llegar al conocimiento de su nada, sobre la cual la misma tierra está fundada, con tanta firmeza, que no se moverá jamás. Y, finalmente, se fundan en un propósito firme y estable de hacer lo que Dios manda, no estribando en sus fuerzas, sino en la divina gracia y en la virtud de Jesucristo, que es la piedra viva y fundamento seguro de toda santidad, por el cual se atreven á decir con san Pablo ³: «¿Quién me apartará de la caridad de Cristo? ¿Por ventura la tribulación, ó angustia, ó el cuchillo? Cierto estoy que ninguna cosa me podrá apartar de la caridad de Dios, que está fundada y arraigada en Cristo Jesús». Vuelve sobre ti los ojos, y mira cuál es el motivo y fundamento de la vida espiritual y religiosa que has emprendido. Si quieres asegurarte, debes apoyarte en la fe viva y eficaz, en tu mortificación y abnegación propia, en un deseo de cumplir la voluntad

¹ Dan., II, 32. — ² Prov., III, 5. — ³ Rom., VIII, 35.

de Dios, haciendo caso omiso de todo interés propio. ¿Nos fundamos en la confianza en Dios y en la imitación de Jesús al seguir la vida devota? ¿Ó nos mueve á ello algún interés personal? ¡Oh dulce Jesús! Vos que, como Dios y hombre sapientísimo, fundasteis vuestra Iglesia sobre piedra, con tanta firmeza que las potestades del infierno no podrán prevalecer contra ella ¹; fundad sobre Vos mismo el edificio de mi alma, para que ni los ríos furiosos, ni los vientos fuertes, ni las lluvias tempestuosas, ni las potestades del infierno prevalezcan contra ella, sino que en vuestra virtud persista fuerte hasta la vida eterna.

Epílogo y coloquios. — ¡Oh insensatez inexcusable! Creer lo que Jesús ha enseñado y obrar de un modo opuesto á tales creencias, es la mayor y más pernicioso locura. así como no hay sabiduría igual á la de aquellos que amoldan perfectamente sus acciones á las enseñanzas divinas que han abrazado. ¿Cómo te portas tú? ¿Disienten tus obras de tus creencias? ¿Está en pugna lo que haces con lo que enseñas? Si así fuese, tu vida se apoyaría en un fundamento excesivamente débil, que no podría resistir á los combates que de continuo has de sufrir. Mira las tentaciones que te asaltan por todos lados, en todos tiempos y contra todas las virtudes. ¿Qué será de ti, si no estás debidamente arraigado en la virtud y caridad, en la religión ó en la fe? ¿Qué ruina tan espantosa! Perderás los mayores bienes que el hombre puede poseer en este mundo, porque son los que pueden hacerle eternamente feliz en el otro. ¿Pues cuál es el fundamento flaco y arenoso que acarrea tal ruina, y cuál es el fuerte y robusto que sostiene el edificio espiritual, á pesar de todos los enemigos? Si fundas en sola fe sin la caridad; si te mueves á servir á Dios por respetos humanos ó por propio interés, tu fundamento es arenoso; pero si te apoyas en la fe viva, en el deseo de imitar á Jesucristo, en la abnegación y mortificación propia, tu fundamento es de peña viva. Piensa, pues, lo que te importa hacer. ¿Por qué sirves á Dios, siguiendo el camino de la virtud? ¿Qué pretendiste al abrazar el estado religioso? ¿Qué te mueve á perseverar en él? ¿Cómo resistes los combates de tus enemigos? ¡Cuántos han sucumbido por no estar bien cimentados! Vigila, no seas tú de ellos. Para preservarte de tal ruina, haz eficaces propósitos de obrar siempre por la fe, prescindiendo de todo respeto humano y motivo bajo, y pide esta gracia para ti y para todos tus prójimos.

¹ Matth., XVI, 18.

114.—PARÁBOLA DEL SEMBRADOR.

PRELUDIO 1.º Saló el sembrador á sembrar su semilla, y de cuatro partes las tres se perdieron, y sólo una dió fruto.

PRELUDIO 2.º Representate á Jesús proponiendo esta parábola.

PRELUDIO 3.º Pide que fructifique en ti la semilla de la divina palabra ó inspiración.

Punto 1.º *Quién es el sembrador, cuál la semilla y la tierra en que se siembra.*—Considera aquí en particular las circunstancias de esta parábola. La semilla es la palabra de Dios, así la exterior, que entra por el oído del cuerpo, como la interior, que suena dentro del alma, que es la divina inspiración, de la cual principalmente nacen los frutos que produce nuestro corazón; porque ella da sentimiento de lo que se oye, y es como la virtud seminal que está dentro del grano que se siembra. El principal sembrador es Dios trino y uno, el cual siembra esta semilla, ó por los predicadores que se oyen, ó por los libros que se leen, ó por los ejemplos que se ven, ó por sí mismo la arroja de repente dentro de nuestro corazón. La tierra en que se siembra es el alma con sus potencias, sembrando en la memoria santos pensamientos y devotas imaginaciones, como recuerdo doloroso de los pecados, de las penas del infierno, de los premios del cielo, de la brevedad de la vida y otros; en el entendimiento, ilustraciones celestiales que esclarecen alguna verdad de la fe, buenos consejos y rectos dictámenes de la conciencia, que indican lo bueno y lo malo; en la voluntad, santos deseos y aficiones, que brotan como chispas y producen el fuego del amor divino y diversos afectos santos, como temor de Dios, odio del pecado, caridad con el prójimo y otros. La causa que mueve al Señor á sembrar esta semilla no es su propio interés, sino el interés y provecho de la misma alma, porque esta semilla tiene la propiedad de mejorar la tierra en que se siembra, aunque de suyo sea mala, estéril y desaprovechada; y para este fin la siembra Dios, no por merecimientos que tenga la tierra, sino porque es bueno, generoso y amigo de hacer bien. Considerando todo esto, has de despertar en ti un vivo deseo de que el Señor siembre en tu corazón tan preciosa semilla, pidiéndolo con gran fervor á la Santísima Trinidad. ¡Oh Trinidad beatísima, Padre, Hijo y Espíritu Santo, por quien todas las cosas fueron hechas y se conservan, y los hombres han de llegar á su perfección! Sembrad con abundancia en mi corazón la divina semilla de vuestras inspiraciones, y hacédle dócil y sumiso á vuestra voluntad, para que esta semilla fructifique en gran manera y alegre al sembrador. ¡Oh alma! Siendo; como eres, tierra sin provecho, ¿cómo

1 Matth., xiii, 3; Marc., iv, 3; Luc., viii, 5.

no deseas esta semilla que podría mejorarte, cómo no la pides, ni suspiras por ella, ni la solicitas con eficacia?

Punto 2.º *Tres cuartas partes de la semilla se perdieron.*—Considera cómo una parte de la semilla cayó cerca del camino, y fué pisada de los pasajeros, y las aves del cielo vinieron y la comieron. En lo cual se ve que cuando la semilla cae en corazones duros, que son como camino hollado y pisado, no fructifica, porque sólo la oyen superficialmente, y no la penetran ni abrazan, dando entrada á toda clase de pensamientos terrenos que la pisan y huellan; y entretanto los demonios, con suma ligereza, vienen á robársela y quitársela de la memoria y del corazón. ¡Ay del corazón duro, que lo pasará mal en el día postrero! Otra parte de la semilla cayó en tierra pedregosa y de poca hondura, y así, aunque salió la semilla y creció, en saliendo el sol se secó, por no estar arraigada y no tener humor. Por tierra pedregosa y de poca hondura se entienden aquellas almas que tienen un corazón blando y sienten gusto en las cosas de Dios, por lo cual conciben fácilmente buenos deseos y principian á ejecutarlos; pero sobreviniendo las tentaciones y trabajos, desfallecen y se cansan presto, por no estar arraigados en la humildad y confianza en Dios, y carecer del humor ó jugo de la devoción substancial; son temporales y volubles, cambiando á todo viento, y así en ellos no fructifica la semilla. La otra parte cayó entre espinas, y creciendo éstas, ahogaron el fruto. Tales son las almas que oyen la palabra de Dios; pero embargadas con los cuidados de las riquezas, honras y gustos sensuales, ahogan el espíritu y no le dejan fructificar. De modo que tres cosas apagan la divina inspiración y estorban el aprovechamiento: riquezas, cuidados congojosos y deleites sensuales; y las tres en el vocabulario de Cristo se llaman espinas. ¡Oh Maestro soberano! ¿Cuán diferentes son vuestros juicios de los del mundo! A lo que éste llama riquezas y deleites, Vos llamáis espinas y abrojos. ¡Oh divino sembrador! No sea yo tan ingrato que deje perder miserablemente la semilla que sembráis en mi corazón. Libradme de la dureza, inconstancia y cuidados excesivos, y dadme blandura para recibirla, firmeza para retenerla y desprendimiento de todas las cosas para no impedir su desarrollo. ¿Qué fruto produce en nosotros la divina semilla? ¿Hemos consentido en que se menoscabase, ó en que los demonios la arrebataran?

Punto 3.º *La cuarta parte de la semilla fructificó abundantemente.*—Considera cómo la cuarta parte de la semilla cayó en buena tierra y llevó copioso fruto. Tierra buena son los que con corazón bueno oyen y reciben la palabra de Dios, y la conservan dentro de sí, y producen fruto de buenas obras con paciencia, unos de treinta, otros de sesenta y otros de ciento. De

1 Eccli., iii, 27.

suerte que, como hay tres géneros de malos que pierden la semilla, así hay tres géneros de buenos que fructifican con ella: unos en estado de principiantes, con moderado provecho; otros en estado de los que van aprovechando, con mayor fruto, y otros en estado de perfectos, con grande excelencia; y todos con paciencia y longanimidad trabajan, esperando su galardón; y aunque sean menos en número que los malos, recompensan con su ganancia las tres partes de la semilla perdida. Pondera cómo por estas tres clases de ganancias pueden también significarse los distintos estados de la república cristiana, como dicen los Santos, atribuyendo el fruto de treinta á los casados; el de sesenta á las viudas y vírgenes, y el de ciento á los mártires ó á los religiosos que profesan la vida contemplativa ó mixta, enseñando á otros el camino de la perfección que ellos siguen. Pero, ¡qué confusión será la tuya si, hallándote en estado de ciento, tu fruto no es más que de treinta! ¡Y qué gloria dan al Señor aquellos que, teniendo estado de treinta, su fruto es de ciento por la grandeza del fervor, que suple la imperfección del estado! ¡Oh alma mía! ¿Qué fruto llevas tú? ¿Cómo te aprovechas de los ejercicios espirituales y de los medios de santificación de que dispones? ¿Corresponden tus obras á la perfección del estado que tienes? ¡Oh sembrador soberano! Gózome de que haya tierras tales en quien vuestra semilla descubra su virtud y lleve ciento por uno. Sea mi alma una de estas tierras afortunadas, que no se contente con el fruto de treinta ó sesenta, sino que aspire al de ciento, porque cuanto mayor sea el fruto en esta vida, mayor será la gloria en la otra.

Epílogo y coloquios. ¡Oh Bondad infinita de nuestro Dios! Por este solo atributo se mueve este amoroso Padre á ejercer el oficio de sembrador. Para sí nada espera ni pretende; sólo el deseo del bien del hombre le induce á sembrar en su alma la preciosa semilla de sus inspiraciones, llenando de ella todas sus potencias, ya por sí mismo, ya por sus predicadores ó por otros medios inesperados. Mas ¡oh necedad del hombre!, que deja que se pierda la mayor cantidad de esta semilla. Unas veces su corazón está duro, y ni siquiera llega á recibirla, no queriendo oír ni entender la voz de Dios para seguir su propio antojo; otras veces, aunque momentáneamente la reciba y comience á desarrollarse, por su flojedad y pereza se seca, y no puede producir los frutos que de ella hubieran podido esperarse si el que la recibió hubiera sido constante en sus buenos propósitos; y otras, en fin, esta divina semilla viene á ser como sofocada por la multitud de cuidados causados por el amor á los intereses, placeres y honras mundanas. ¡Y que así se inutilice la gracia divina! ¡Que de esta manera se malgaste un don que, para merecerlo, el mismo Jesucristo ha dado la vida! ¿Has sido tú alguna vez esta tierra ingrata, que, en vez de dar buenos frutos al divino

sembrador, sólo le has dado espinas y abrojos? ¿Qué harás en lo sucesivo? ¿No recibirás con más agradecimiento la semilla de la divina inspiración, y no procurarás que dé en ti fruto de ciento? ¿No te esforzarás en hacer tus obras de tal manera, que las inspiraciones divinas den todo el fruto que el amoroso sembrador espera? ¡Cuántas veces, lejos de hacer fructificar la divina semilla, te has quejado interiormente del Señor que la sembraba! No seas más ingrato; propón firmemente aprovechar los dones de Dios; y si te sientes débil, acude al Señor, que te dará fortaleza y constancia; pídele por ti y por todos los que se han encomendado á tus oraciones.

115.—PARÁBOLA DE LA CIZAÑA.—PRIMERA PARTE.

PRELUDIO 1.º Habiendo un Señor sembrado buena semilla en su campo, durmiendo los operarios, el enemigo sembró cizaña; al aparecer ésta, preguntaron aquéllos al amo por qué había cizaña, á lo que contestó: «El hombre enemigo lo hizo».

PRELUDIO 2.º Representate á Jesús proponiendo y declarando esta parábola.

PRELUDIO 3.º Pide vigilancia para no dejarte sorprender del enemigo.

Punto 1.º *Quién es el que siembra la buena semilla y quién la cizaña.*—Considera cómo el sembrador ¹ que siembra la buena semilla es Cristo nuestro Señor, cuyo oficio es en el campo del mundo sembrar los hijos del reino; esto es, los justos que han de ser herederos de su reino celestial, y se llaman semilla de Cristo, porque son hijos suyos, de su generosa y celestial casta, engendrados en el ser de la gracia, en virtud de la semilla de su divina inspiración que se sembró en sus corazones. También son semilla de la cual nacen otros como ellos; porque los perfectos, á imitación de su Maestro, procuran engendrar otros justos que sirvan á Dios como ellos le sirven. Pero el enemigo, que es el demonio, en medio de la buena semilla sembró cizaña, que son los malos; porque como la cizaña cuando está en hierba es semejante al trigo; pero después que crece, negrea y es perjudicial al trigo con quien se cría, y al hombre que de ella se sustenta, puesto que enturbia la vista, provoca á vómito y turba el sentido; así los malos parecen á los buenos en la naturaleza de hombres, y á veces en la fe y ceremonias exteriores de cristianos ²; pero de verdad son negros en el alma por los pecados, tienen la vista interior muy turbada con ignorancias y errores, y á veces contra la fe, y otras contra las buenas costumbres, causan escándalos y disensiones, y al fin provocan á Dios á que los vomite ³ y eche de sí. Por lo cual, haciendo comparación de estas dos semillas, mira qué es lo que prefie-

¹ Matth., xiii, 24. — ² Vide Salmer., t. 7. — ³ Apoc., iii, 16.

res; ser semilla de Cristo, que es tu amigo y busca tu salvación, ó ser semilla del demonio, que es tu enemigo y quiere tu condenación. ¡Oh Dios de mi alma! Semilla vuestra quiero ser, obedeciendo á vuestra divina inspiración; no permitáis que obedezca á la sugestión de mi enemigo y vuestro, porque no sea cizaña de vuestra Iglesia, y os provoque á que me echéis de ella. ¡Oh alma! Mira si con tus exhortaciones y trabajos eres semilla de Cristo, dándole otros hijos, ó, por el contrario, semilla del diablo con tus escándalos. ¿Cuáles son tus obras?

Punto 2.º *Cuándo sembró la cizaña el enemigo, y qué hizo después de haberla sembrado.*—Considera cómo el enemigo sembró la cizaña en el campo del padre de familias después de sembrado el trigo, y mientras estaban durmiendo los sembradores; para significar que primero hubo buenos que malos, así entre los ángeles en el cielo, como entre los hombres en el paraíso; y generalmente, después que Cristo nuestro Señor siembra en su Iglesia la semilla de los justos, por medio del Bautismo y Sacramentos, acude Satanás á sembrar cizaña, procurando pervertirlos y convertirlos en neguilla. Y esto hace durmiendo los hombres; esto es, de noche, de repente y cuando están más descuidados, ó cuando aflojan y duermen el sueño de la pereza; ó cuando los encargados de vigilar por razón de su ministerio y dignidad se duermen y descuidan la vigilancia que deben tener de sus encargados. ¡Triste cosa es que vigile siempre el demonio para perder á los hombres, y se duerman los que tienen la misión de salvarlos! Pondera cómo el enemigo, en sembrando la cizaña, se fué, para significar que se esconde para no ser conocido, como quien tira la piedra y esconde la mano; y unas veces se transfigura en amigo y en ángel de luz para engañarnos; otras veces se va, dejando de tentarnos, para que nos aseguremos, y luego vuelve con mayor rabia para derribarnos. De aquí es¹ que el trigo y la cizaña, por la semejanza que tienen entre sí, no se descubrieron hasta que llevaron fruto; para significar que muchas veces buenos y malos son semejantes á los principios, porque los malos toman hábito y figura de buenos, y los lobos se cubren con piel de oveja²; pero al tiempo de llevar fruto se descubre quién es cada uno, y si son verdaderas ó aparentes sus virtudes, por las obras que hace. ¡Oh dulcísimo Jesús! No permitáis que yo, como los hipócritas, pretenda engañar, aparentando una virtud que aborrezca; sembrad más bien como buen sembrador en mi corazón la semilla de la sinceridad, esforzándome en ser aquello que debo parecer para edificación de los prójimos. ¡Oh cristiano! Mira que tu enemigo no duerme; ¿dormirás tú el sueño de la pereza? ¿Te has dejado engañar alguna vez de tu enemigo?

Punto 3.º *Aflicción de los justos por ver la mala semilla*

¹ S. Chrisost. ; S. Hier. — ² Matth., vii, 15.

en el mundo.—Preguntaron los criados al padre de familia por qué había cizaña en su campo, á lo que contestó, que la había sembrado el enemigo. Acerca de esto has de considerar ante todo cómo es propio de los varones apostólicos, al ver la muchedumbre de males y de errores que hay en el mundo, quedar pasmados y angustiados de esto, y acudir á Jesús, diciendo: «Señor, ¿cómo habiendo Vos sembrado en el mundo tan buena semilla, está mezclada con tanta cizaña? ¿Cómo entre los Apóstoles hay un Judas? ¿Cómo en el jardín de la Iglesia, entre los lirios² de los justos, hay espinas de pecadores, y en las casas de religión, con el trigo de los perfectos, hay cizaña de inobservantes?» Esto dicen, no por curiosidad, ni quejándose de que Jesús lo haya permitido, sino doliéndose del mal con deseo de remediarlo. Pondera luego la respuesta de Cristo, que dice: «El hombre enemigo hizo esto». En la cual apunta tres verdades importantes. La primera, que Dios nuestro Señor no es sembrador de cizaña ni de mala semilla, sino solamente de la buena, porque es suma bondad, y de la suma bondad no puede proceder cosa mala, ni tentar ó inducir á ella. La segunda, que el demonio es el principal sembrador de cizaña, y de él nacen las tentaciones, por la enemistad que tiene contra Dios y contra los hombres. La tercera, que también los hombres, como dice santo Tomás, con su libre albedrío, incitado de las pasiones de la carne, se hacen cizaña, siendo tentadores y ministros del demonio; y quizá por esto dijo el Señor: «El hombre enemigo hizo esto»; como si dijera: el hombre, que es enemigo de su alma³ y mío, sembró esta cizaña en el mundo y en sí mismo, siendo, con el consentimiento que da á la tentación, la causa de este daño. ¿Y no sientes tú, cristiano, alguna pena por la mucha cizaña que hay en el mundo y en ti mismo? ¿Has sido alguna vez sembrador de ella, ayudando al demonio en este su oficio? ¡Oh Sembrador justísimo! Ya que con suma bondad permitís en vuestra Iglesia la cizaña de tantos malos, y en mi alma la semilla de tan fuertes tentaciones, concededme que no se convierta en mi daño lo que Vos permitís para mi provecho. Mostrad conmigo la grandeza de vuestra misericordia, sacando de tantos males grande abundancia de bienes.

Epílogo y coloquios. ¡Qué contraste entre la bondad, misericordia y amor de Jesús al mundo, y la malicia, crueldad y odio del demonio! Jesús, deseando hacer la felicidad de un mundo de quien no espera más que ingraticudes y desprecios, siembra en él su buena semilla, que son sus hijos y todos los justos; y entretanto el demonio, sólo por odio, rabia y deseo de hundir á todos en los tormentos que él por su soberbia ha merecido, viene á sembrar la cizaña, esto es, los hombres malvados

¹ Matth., xiii, 27. — ² Cant., ii, 2. — ³ Psalm. x, 6.

lentos de vicios, imitadores de su criminal padre¹, los cuales, introduciéndose hipócritamente entre los justos, no pretenden otra cosa que atormentarlos, afligirlos y perderlos eternamente. Pero ¡cuánta astucia tiene, y de qué medios tan solapados se vale para salir con su intento! Espera que se descuiden ó se duerman los encargados de vigilar el campo, y él, que está en acecho, siembra entonces la cizaña, y se va para no ser conocido. ¡Con cuánta razón quiere el Señor que vigilemos y oremos para no caer en la tentación², y para no admitir en nuestro espíritu la cizaña que viene á echar ocultamente el enemigo! Mas oye las palabras de Jesús: «El hombre enemigo ha sembrado la cizaña». De modo que también el hombre, enemigo de sí mismo, siembra la cizaña en su propio corazón. Nada alcanzaría el demonio con toda su astucia y poderío, si el hombre no condescendiese con sus sollicitaciones. Mira, pues, si eres trigo de Cristo, produciendo otros hijos para el Señor con tus ejemplos y consejos, ó cizaña de Satanás, pervirtiendo con tus escándalos á los que eran semilla divina. ¿Te has descuidado en la vigilancia que exigía tu cargo ó ministerio? ¡Ay de ti, si por tu descuido el demonio logra arrebatarse alguna alma que estaba á tu cargo! Mira bien lo que debes hacer para cumplir con exactitud todos tus deberes; no sólo los que tienes para contigo, sino los que te ligan con los prójimos; forma propósitos muy firmes y particulares, y ora con fervor para poderlos cumplir, y no olvides las demás obligaciones y necesidades.

116.—PARÁBOLA DE LA CIZAÑA.—SEGUNDA PARTE.

PRELUDIO 1.º Pidieron los operarios permiso al Padre de familias para arrancar la cizaña; mas no se lo quiso dar, diciendo que en el tiempo de la siega sería separada del trigo, y arrojada al fuego.

PRELUDIO 2.º Representate á Jesús proponiendo esta palabra.

PRELUDIO 3.º Pide á Dios que tu celo sea siempre discreto y un saludable temor de la última siega.

Punto 1.º *Celo indiscreto de los criados del Padre de familias.*—Indignados los criados del Padre de familias al ver tanta cizaña en su campo, dirigiéronle una pregunta, diciendo: «¿Quieres que vayamos y la arranquemos toda?» En esta pregunta puedes considerar el celo que tienen los justos al ver tantos males en el mundo; cuyo celo en algunos es indiscreto y demasiado, por una de cuatro causas: la primera, porque con su fervor querrían arrancar de un golpe toda la cizaña junta, y quitar del mundo, ó de la Iglesia, ó de la religión, todos los malos, y de sí mismos todos los vicios ó pasiones juntas; lo cual,

¹ Joan., viii, 44. — ² Matth., xxvi, 41. — ³ Matth., xiii, 28.

de ley ordinaria, no es posible. La segunda causa¹ de tal indiscreción, es porque quieren arrancar la cizaña antes de tiempo y sin sazón. De donde se sigue mayor daño, porque quien hoy es cizaña, quizá mañana se convertirá en trigo, y sufriendo con paciencia y larga esperanza al malo, viene con la blandura de la corrección á ser bueno; y quien se apresura con demasía por ganar la perfección, suele quebrantar su salud, y perder lo que ha ganado. La tercera causa es porque quieren arrancar la cizaña con peligro de arrancar también el trigo; y esto sucede cuando imprudentemente se corrige ó castiga á los malos con daño de los buenos, por los escándalos, turbaciones y guerras que de esto resultan; lo cual no es otra cosa que arrancar una cizaña y sembrar otra mayor. La cuarta es porque quieren arrancarla con espíritu de ira y venganza, llevados más de la indignación que de la compasión, como sucedió á los Apóstoles Santiago y Juan², cuando los samaritanos no quisieron recibirlos, y por esto fueron reprendidos de su divino Maestro. Considerando todo esto, mira si tu celo es indiscreto, por el modo, tiempo, ocasión ó fin que te propones, y pide al Señor que lo enderece. ¡Oh Maestro soberano! Comunicadme vuestro divino Espíritu, para que, guiado por Él, no me exceda jamás en el ejercicio del celo, y de tal modo persiga y odie al pecado, que conserve siempre amor al pecador, en cuanto es criatura vuestra, capaz de gozaros en el cielo. ¡Oh alma fiel! Examina tu celo si es según ciencia. ¿Guardas en él las circunstancias que quiere el Señor?

Punto 2.º *El Padre de familias no permitió arrancar la cizaña.*—Aquí has de considerar la respuesta que dió el Padre de familias á los criados, diciéndoles³: «No quiero que arranquéis ahora la cizaña, no suceda que juntamente arranquéis el trigo». En lo cual has de admirar la infinita caridad de Dios que en ella resplandece; porque con haber sido este soberano Señor tan riguroso con los ángeles del cielo⁴, que al mismo punto que sembró Lucifer la cizaña, arrancó al sembrador y á toda su semilla, y la echó en el fuego del infierno, con los hombres no quiere usar de este rigor, sino esperarles mucho tiempo, dándoles lugar de penitencia, con deseo, no tanto de arrancar la cizaña, cuanto de convertirla en buena semilla; porque la voluntad de nuestro Dios no es la perdición de las almas⁵, sino su salvación; y aunque desea destruir los pecados, no querría destruir los pecadores. Pero no menos resplandece la misericordia de Dios en querer sufrir la cizaña, por el amor que tiene al trigo, tolerando los malos por amor de los buenos, como se vió cuando dijo á Abraham que si hubiese diez justos en Sodoma y Gomorra, por éstos sufriría los pecadores que allí había, aunque esta-

¹ S. Thom. — ² Luc., ix, 53. — ³ Matth., xiii, 29. — ⁴ II Petr., ii, 4.

⁵ Genes., xviii, 24.